

A cien años de la Revolución Rusa: algunas reflexiones y seis textos para seguir pensando

Juan Andrade

Universidad de Extremadura

Las efemérides tienen la virtud de atraer la atención sobre acontecimientos históricos que no forman parte de las inquietudes comunes, de las inquietudes, incluso, de muchos historiadores. Su defecto es que suelen arrojar una mirada tan urgente como volátil sobre los hechos rememorados. Si la efeméride en cuestión coincide con una cifra redonda, como son especialmente los centenarios, ambos fenómenos, atracción y evanescencia, se multiplican.

Este año se cumplen cien años del estallido de la Revolución Rusa y este mes de noviembre, exactamente, cien años del asalto al Palacio de Invierno que los bolcheviques acometieron en el mes de octubre del calendario juliano que entonces regía en la vieja Rusia imperial. Con motivo del centenario los stands de las librerías de nuestro país se han llenado de títulos. Muchos son reediciones de libros escritos hace tiempo, algunos de los cuales se han convertido con el discurrir de los años en textos clásicos, otros, simplemente, en textos viejos. Se han publicado también varias obras de síntesis más o menos meritorias: entre las primeras, aquellas que responden a un interés de largo recorrido en sus autores, entre las segundas, algunas que quizá respondan al sentido del momento.



Segundo aniversario de la Revolución de Octubre (Detalle de foto de: L. Ya. Leonidov, Fuente: Wikimedia Commons).

También se han publicado nuevos libros de investigación, algunos novedosos en su temática y perspectivas^[1].

1.- Al margen de las categorías arriba señaladas (reediciones, síntesis, ensayos, nuevas investigaciones), dejando de lado la importante reedición de libros escritos por los protagonistas de la época y en el orden alfabético de los apellidos de sus autores, estos son buena parte de los libros publicados en España al calor del centenario: Felipe Aguado Hernández, *La utopía de los soviets en la Revolución Rusa*, Madrid, Editorial Popular, 2017; Samir

Más allá de las obras voluminosas, se han organizado interesantes congresos, encuentros, debates y ciclos de conferencias; se ha incrementado (aunque da la sensación que solo ligeramente) la publicación de artículos de investigación en revistas especializadas; y no han faltado (aunque muy minimizadas y eclipsadas por la atención a la crisis territorial) las reseñas y reflexiones en revistas de divulgación y prensa de distinto tipo. A este respecto cabe pensar

Amin, *La Revolución de Octubre cien años después*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017; Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (Eds), *1917, La Revolución rusa cien años después*, Madrid, Akal, 2017; Julián Casanova, *La venganza de los siervos. Rusia 1917*, Barcelona, Crítica, 2017; Miguel Del Rey y Carlos Canales, *Tormenta Roja. La Revolución Rusa 1917-1922*, Madrid, Edaf, 2016; Juan Eslava Galán, *La Revolución rusa contada para escépticos*, Barcelona, Planeta, 2017; José M. Faraldo, *La Revolución rusa: Historia y memoria*, Madrid, Alianza, 2017; Neil Faulkner, *La Revolución Rusa. Historia del Pueblo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2017; Francisco Fernández Buey, *1917. Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017; Orlando Figes, *La Revolución rusa 1981-1924. La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2017; Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo de 1914 a 2017*, Barcelona, Crítica, 2017; James Harris, *El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la Revolución Rusa*, Barcelona, Crítica, 2017; Christofer Hill, *La Revolución Rusa*, Madrid, Ariel, 2017; María Teresa Largo Alonso, *La Revolución Rusa. La fábrica de una nueva sociedad*, Madrid, La Catarata, 2017; Christian Laval y Pierre Dardot, *La sombra de Octubre (1917-2017)*, Madrid, Gedisa, 2017; Antonio Liz, *El cielo por asalto: la Revolución Rusa (1905-1917)*, Madrid, Espuela de Plata, 2017; Sean McMeekin, *Nueva historia de la Revolución Rusa*, Madrid, Taurus, 2017; Catherine Merridale, *El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*, Barcelona, Crítica, 2017; China Miéville, *Octubre. La historia de la Revolución rusa*, Madrid, Akal, 2017; Mira Milosevich, *Breve historia de la Revolución rusa*, Madrid, Galaxia-Gutemberg, 2017; Richard Pipes, *La Revolución Rusa*, Madrid, Debate, 2016; Helen Rappaport, *Atrapados en la Revolución Rusa*, Madrid, Palabra, 2017; Carlos Taibo, *Anarquismo y revolución en Rusia (1917-1921)*, Madrid, La Catarata, 2017; Julián Vadillo, *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*, Madrid, Volapük, 2017; Francisco Veiga, Pablo Martín y Juan Sánchez Monroe, *Entre dos revoluciones. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y Guerra en Eurasia*, Madrid, Alianza, 2017; Rex A. Wade, *1917. La Revolución Rusa*, Madrid, Esferalibros, 2017.

que quizá se haya dado una cierta desproporción no deseada entre la cantidad de libros publicados y la escasa repercusión que (a día de hoy) el centenario ha tenido en el debate público. Ello nos ha privado de la riqueza y las posibilidades que siempre entraña sacar la discusión sobre la historia fuera de los herméticos ámbitos historiográficos: del aprendizaje que genera la apertura de espacios sociales y cívicos amplios donde discutir colectivamente sobre las experiencias del pasado. Pero ello también nos ha salvado, en parte, de tener que escuchar, en versión concentrada e intensificada, la misma retahíla de tópicos que desde la Guerra Fría a hoy (como si el Muro de Berlín no se hubiera caído) se vienen escuchando al respecto de la revolución soviética en muchas tribunas. Por desgracia se han oído pocas voces, por suerte no ha habido demasiado ruido.

En buena parte de lo que se ha publicado perviven los tres relatos más fácilmente identificables sobre la Revolución Rusa, aunque sea en las versiones algo más sofisticadas a que da lugar el uso de fuentes y bibliografía. Su incidencia se ha dado en el siguiente orden ascendente. Algo, muy poco, ha quedado del viejo relato épico y encomiástico de la revolución y del régimen surgido de ella; un relato que, construido desde la propaganda oficial de Moscú, penetró con muchísimas limitaciones (ninguna según los propagandistas contrarios) en la historiografía de los países no socialistas. Más sonoros son los ecos de aquel relato según el cual la Revolución Rusa fue un acontecimiento emancipador extraordinario enseguida truncado por la traición de algunos de sus protagonistas. Pero de los tres, el que sin duda más abunda en la publicaciones del centenario es el viejo relato negro y moralizante, lineal y presentista, que solo ha visto en aquel proceso el simple despliegue de un proyecto brutal

y totalitario configurado desde el principio en la mente de un grupo de dirigentes fanáticos. Por suerte, también ha habido otras publicaciones que han venido a problematizar y a complejizar un acontecimiento poliédrico y colosal, recurrente y novedoso, tan determinante para el viejo imperio ruso como influyente en el resto del mundo; un proceso conflictivo, contradictorio, violento e imprevisible en su desarrollo que representa un rico laboratorio donde pensar y repensar las prácticas políticas, sociales y culturales y, sobre todo, la idea tan atractiva de revolución.

Atendiendo a este panorama, desde *Nuestra Historia* publicamos este dossier sobre la Revolución Rusa. Reconocemos nuestra irresistible atracción hacia el centenario, pero hemos tratado de zafarnos de la premura con que suelen afrontarse las conmemoraciones, recurriendo a autores y autoras que llevan años trabajando en los temas sobre los que aquí escriben. Tampoco ofrecemos ninguna síntesis o valoración general del proceso, ni hemos escogido aquellos temas que quizá pudieran resultar más vistosos o reconocibles, o a propósito de los cuales pudiera haber opiniones más o menos concluyentes. Por el contrario, hemos planteado temáticas menos evidentes, donde se trazan líneas de trabajo que a la fuerza trascienden los límites del aniversario. Con ello nos emplazamos a continuar con el tema cuando pasen los fastos. De igual modo, hemos tratado, con la selección de los autores, de no ceder ni a ese relato encomiástico de la revolución ni a aquel otro nostálgico de lo que pudo haber sido y fue traicionado, por más que desde la tradición de la que bebe esta revista haya motivos sobrados para sentir entusiasmo o frustración cuando se mira aquel proceso. Más empeño hemos puesto en no sucumbir a esa otra visión negra que, a fuer de recurrente en los espacios de poder cultural

y académicos, ha venido a constituirse en una posición de comodidad intelectual. Lo hacemos a conciencia de que las posiciones de confort historiográfico atrofian la vista sobre el pasado.

Los artículos que aquí aparecen se adentran en parte de esa complejidad, recogen aportaciones bibliográficas recientes, recurren a fuentes primarias, esbozan algunas explicaciones que no se pretenden definitivas y ofrecen enfoques y valoraciones distintas entre sí. Sin comprometer en ese propósito a los autores, y a tono con el espíritu de esta revista, los ofrecemos como materiales diversos para quienes quieran recuperar las aspiraciones emancipadoras de aquella revolución, lo que sin duda requerirá de una lectura fundamentada y crítica de la misma. Huelga decir que otra razón importante de la confección de este dossier remite al propio nombre de la revista. Qué duda cabe que, sin ánimo de patrimonialización ni exclusiva, la Revolución Rusa es parte fundamental de «*Nuestra historia*».

En los textos se expresan o subyacen algunos de los problemas interpretativos más interesantes de la revolución y se descartan o matizan algunos de los tópicos más frecuentes. Hablar de la Revolución Rusa es hablar de la noción de revolución, uno de los conceptos centrales de la disciplina histórica y una experiencia recurrente en la historia real de las sociedades. En la Revolución Rusa se condensan buena parte de los significados que cabe atribuir a este concepto polisémico: una ruptura, una disrupción, una suspensión o una aceleración del tiempo histórico; la pronta construcción de un nuevo sentido común, la materialización en el presente de una utopía alimentada en el pasado, un momento de ampliación extraordinaria del horizonte de lo posible o un momento de máxima convergencia entre experimentación práctica e imaginación política; y, en su sentido

más clásico, una transformación radical de la sociedad, un cambio de modo de producción o la destrucción de un viejo orden y la construcción de otro nuevo. Sin embargo, la imagen de la Revolución Rusa ha quedado limitada en muchos casos a uno de sus momentos, al momento del «asalto al poder político por medio de una insurrección armada». El problema es que la dimensión insurreccional, levantisca y conspirativa que sin duda tuvo la Revolución Rusa (visible en las movilizaciones de finales de febrero y sobre todo en el asalto al Palacio de Invierno de octubre) ha venido a eclipsar el más interesante y determinante proceso de politización y radicalización democrática de los sectores populares, sin el cual no hubiera sido posible ni la ocupación del poder político ni su preservación. Entender la revolución consiste en adentrarse a nivel micro en el abigarrado proceso de experimentación social acometido por la gente común, un proceso que se desarrolló especialmente hasta el estallido de la Guerra Civil y donde se dieron nuevas formas de concebir la producción, la distribución, los intercambios y el consumo, pero también la cultura, el arte, las relaciones interpersonales y la vida misma. En esa experimentación se fraguó un fuerte sentimiento de empoderamiento y autoconfianza, se solidificaron vínculos comunitarios, se intensificaron y renovaron las emociones, se desató el entusiasmo y se amplió el horizonte intelectual y creativo de los sectores populares^[2]. A esas nuevas sensibilidades, a

esa nueva forma de articular las emociones políticas, a esa revolución del pensamiento, se refiere el artículo de Olga Novikova. Las analiza a partir de casos concretos de militantes, creadores e intelectuales de las distintas familias políticas de la revolución, anónimos y conocidos, como Anatolii Gorélik, Nadezha Ulanóvskaia, I. Grossman-Roschin, Alexander Bogdanov, Alexander Lozovsky o Petr Stuchka. También a partir de la rica e influyente experiencia de las mujeres en el Departamento Femenino (Zhenotdel). Finalmente, expone los testimonios dejados posteriormente por los «hijos de la Gran Revolución Rusa», por aquella generación bisagra entre el asalto al Palacio de Invierno y la era conservadora de estabilización brehneviana, una generación que también conoció el terror sufrido y provocado por la revolución.

Si se desciende a nivel social resulta difícilmente sostenible una idea que ha venido ocupando importantes posiciones no solo mediáticas sino también historiográficas, aquella que plantea que la verdadera revolución fue la de febrero y que la insurrección bolchevique de octubre no fue sino un mero golpe de Estado perpetrado por una exigua minoría prácticamente ajena a esta, cuyo objetivo no sería otro que el de la construcción de un estado totalitario frente a un proceso de cambio de cariz liberal-democrático, si acaso socializante, acometido por un gobierno legitimado. En esta visión hay al menos dos cosas cuestionables. La primera es concebir las medidas del gobierno provisional como si procedieran de un programa positivo del propio gobierno. Por el contrario parece más plausible pensar —a tenor de esta experiencia concreta y de las dinámicas habituales de otros procesos revolucionarios con gobiernos provisionales

2.- Algunos trabajos muy distintos e interesantes al respecto pueden ser: sobre la implicación de las mujeres Wendy. Z. Goldman, *Women, the State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*, Cambridge, University Press, 1993; sobre arte Rosa Ferré, «En el frente revolucionario del arte. Creación y Experimento en la primera cultura soviética», en J. Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds), *La Revolución rusa 100 años después*, pp. 153-1981; y como perspectiva general los capítulos al respecto del interesante libro, no traducido

al español, de S. A. Smith, *Russia in revolution. An empire in crisis, 1890-1928*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

débiles— que fueron más bien el resultado de una cesión o un ajuste con las demandas sociales canalizadas a través de los representantes de los soviets, si acaso no la sanción legal a posteriori de hechos consumados. En este sentido, conviene tener en cuenta, por ejemplo, que antes de que el gobierno aprobara la amnistía política el 19 de marzo muchos presos ya habían sido liberados por obreros y soldados^[3]. La segunda idea cuestionable es suponer que los procesos revolucionarios en general pueden imponerse simplemente por medios puramente coactivos sin una base social amplia o que esta puede ser modelada y abducida discursivamente por un grupo de intelectuales audaces y oportunistas. Semejantes explicaciones reproducen una concepción demasiado conspirativa, elitista, paternalista e idealista de la acción social^[4].

La Revolución de octubre fue el resultado de la coincidencia de una tendencia radical e insurreccional cada vez más extendida entre amplios sectores populares movilizados con la directriz de un partido, el bolchevique, que desde hacía tiempo había penetrado en ellos^[5]. No fue como ha planteado la historia oficial del comunismo la consecuencia lógica y más coherente del proceso revolucionario desatado en febrero, pero sí un acontecimiento que, imprimiendo un giro fundamental al curso del proceso, conectaba con tendencias presentes desde primera hora que fueron haciéndose

hegemónicas entre una amplia base social a lo largo de los meses siguientes. La revolución de octubre marcó la definitiva orientación socialista del proceso, pero no porque los bolcheviques tuvieran la voluntad de construir en esos momentos el socialismo en Rusia o dispusieran siquiera del esbozo de un programa para hacerlo, sino porque el golpe fue concebido para que sirviera como detonante de una revolución mundial que vendría a generar las condiciones para ello. Si esa expectativa, o prospectiva teórica, se frustró con la derrota de los levantamientos revolucionarios en Centroeuropa a comienzo de los años 20, no lo hizo la apuesta leninista previa de reconvertir la guerra imperialista entre Estados en una guerra de clases que arrancase del eslabón más débil, de la periferia del capitalismo, de una Rusia que había experimentado un peculiar proceso de desarrollo desigual y combinado. Como explica Samir Amin, eso convierte a Lenin y a otros intelectuales del ala izquierda y antibelicista de la Segunda Internacional en los primeros en pensar la revolución en términos geopolíticos^[6].

Sobre el pensamiento de Lenin trata el artículo de Antonio J. Antón. Lo analiza por medio de paralelismos muy sugerentes con una actividad habitual en la vida privada del revolucionario ruso, el montañismo, que solía desarrollar en compañía durante sus años de exilio^[7]. Un valor de este texto es que aborda algunos conceptos básicos del pensamiento de Lenin a partir de un análisis semántico que trata de afinar en los significados, rara vez unívocos, que estos tuvieron en su contexto, una tarea fiable en alguien que además de filósofo se dedica a la traducción. Lo hace subrayando

3.- Sobre las traslación de iniciativas de la sociedad al gobierno a través del soviet y el intento de acompasamiento del gobierno a la dinámica social, Ch. Miéville, *Octubre*, pp. 57-61 y 75-83.

4.- Esta perspectiva ha venido cobrando fuerza a partir de la magna obra de R. Pipes, *La Revolución Rusa*.

5.- Para ver este proceso de influencia creciente de los bolcheviques entre los sectores sociales más activos resulta fundamental el libro clásico, reeditado este año, pero todavía no traducido al español, de Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, London, Haymarket, 2017.

6.- S. Amin, *Russian and the long transition from capitalism to socialism*, New York, Monthly Press, 2016, p. 18.

7.- Sobre la vida de Lenin también se ha reeditado este año del centenario la amplia biografía de Robert Service, *Lenin. Una biografía*, Madrid, S.XXI, 2017.

la relación de Lenin con su propia tradición político-cultural, una relación a propósito de la cual cabe señalar una idea que con el tiempo ha venido cobrando fuerza: la de la ruptura (más frecuentemente señalada), pero también la de las continuidades (dignas de reconocimiento), de su pensamiento con el marxismo de la II Internacional. En cualquier caso Antón nos ofrece una imagen del pensamiento de Lenin muy alejada del esquematismo a que ha quedado reducido por la acción complementaria de sus propagandistas oficiales y detractores más zafios. Así, nos habla de su interés por entresacar de las lecturas de Marx y Blanqui, y sobre todo de Lasalle y Kautsky, algunas claves para abordar la posibilidad de construcción de una cadena de hegemonías progresivas e incluyentes del proletariado sobre las clases populares, del proletariado militante sobre el proletariado en general y del partido socialdemócrata sobre ese proletariado militante. Que esta hegemonía terminara derivando en una dominación de la burocracia del partido sobre la sociedad es ya otra cuestión sobre la que habría que debatir, en mi opinión, descartando las relaciones lineales entre la teorizaciones de Lenin y aquel resultado, pero no así cierta influencia y responsabilidad. Tal asunto remite igualmente a la propuesta de transmisión al proletariado de una «conciencia desde fuera», defendida por Lenin, pero procedente del mismo Kautsky. Lejos de apostar por la transfusión de una conciencia revolucionaria prefabricada en la mente de intelectuales conscientes a obreros incapaces de generarla por sí mismos —imagen que han reproducido para la posteridad las dos visiones complementarias a la que antes nos referíamos—, Antón entresaca textos de Lenin en los que esta apuesta responde a una concepción más compleja, donde lo que se viene a negar es la posibilidad mecánica de generar una

conciencia revolucionaria a partir de la simple experiencia de explotación laboral y resistencia social a la misma; y donde se viene a afirmar que esta conciencia requiere de saltos y anudamientos culturales que no están contenidos en esa sola experiencia de explotación y resistencia, sino que a veces debe tener lugar también fuera de ella. Interesante es la aproximación a un concepto tan denostado en la tradición leninista como el de «espontaneidad», que en Lenin tuvo significados múltiples y fue objeto de valoraciones diferentes, o más bien de pocas valoraciones, pues para él vino a significar con frecuencia un conjunto necesario de movimientos sociales múltiples y enérgicos sobre los que intervenir de forma organizada para generar una práctica revolucionaria eficaz.

Pero aunque sin duda la Revolución Rusa fue resultado de una práctica política teóricamente fundamentada, hecho que ha subrayado en exceso el relato oficial del comunismo, fue también producto de otras variables. Fue producto de una crisis orgánica del propio régimen zarista que no se debió solo, y en algunos aspectos ni siquiera fundamentalmente, a las acciones de oposición. Fue producto de amplias dosis de casualidad, donde se constata la fragilidad también de la acción política, donde se constatan momentos en los que un leve desajuste pudo frustrarlo todo^[8]. Y no fue, como también se ha planteado desde el relato del comunismo oficial, la materialización de las aspiraciones históricas de un sujeto configurado plenamente con anterioridad al proceso revolucionario, el proletariado, dirigido por un partido preclaro,

8.- En esta línea viene insistiendo una parte de la historiografía, confrontando con la idea de la inevitabilidad de la revolución y contemplando algunos contrafacticos a partir de esos momentos de fragilidad. Véase por ejemplo: Tony Brenton (Ed), *Inevitable? Turning points of the Russian revolution*, London, Profilebooks, 2016.



Soviet de Petrogrado (Foto de dominio público, autoría desconocida. Fuente: liveinternet.ru).

el bolchevique. Y fue resultado de la acción de un sujeto revolucionario múltiple, hegemónico por el proletariado, que no existía plenamente con anterioridad al proceso revolucionario, sino que se fue modelando y conformando gracias, por supuesto, a una larga experiencia previa de luchas sociales y políticas, pero gracias también al efecto unificador de una práctica muy acelerada y contagiosa que tuvo lugar al calor de los acontecimientos, y donde pesó la acción estimuladora y unificadora de los bolcheviques, pero también de anarquistas, social-revolucionarios de distinto signo, mencheviques y mezhraionts.

Si a diferencia de lo que sucedió el domingo sangriento de 1905 muchos soldados de la guarnición de Petrogrado decidieron no disparar a los manifestantes en las movilizaciones de finales de febrero de 1917 fue porque se trataba en muchos casos de soldados de reemplazo que procedían de esas tradiciones políticas. Pero si

algunos de quienes sí lo hicieron, como los soldados del famoso regimiento Volinsky, al día siguiente se amotinaron y pasaron a engrosar las filas de la revolución fue gracias a esos procesos acelerados de cambio de posiciones, recálculo de intereses, estimulación y contagio que generan las revoluciones, algo a investigar finamente desde las ciencias sociales más allá de la consabida semántica del delirio colectivo y la irracionalidad tumultuosa que supuestamente se deriva de la ruptura de la ley y el orden^[9].

Pero la Revolución Rusa, pese a su habitual adjetivación, fue una revolución mundial, no ya porque fuera concebida como arranque de la misma o no ya porque así fuera percibida por partidarios y detractores, sino por los múltiples efectos que, más allá del fracaso de los primeros intentos de

9.- Un relato ágil y una explicación compleja de los manifestaciones y motines en el ejército a finales de febrero en Wade, Rex A., 1917. *La Revolución Rusa*, pp. 30-45.

emulación a principios de los años 20, tuvo en las prácticas, idearios y aspiraciones de las clases populares^[10]. En esas repercusiones indagan los artículos de Pablo Montes y Magdalena Garrido. El trabajo de Pablo Montes combate uno de los tópicos más frecuentes acerca de los efectos de la revolución, el de que esta abrió una falla entre el movimiento obrero y las clases medias republicanas. Analizando el caso de España y sobre todo el de Cataluña, Montes plantea, siguiendo las tesis de Hobsbawm en *La era del Imperio*^[11], que esa separación cierta, venía, sin embargo, de finales del siglo XIX, se había acentuado a comienzos del siglo XX y resultaba particularmente visible en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La tecnificación de los procesos productivos y la tendencia a la organización de la producción en grandes unidades productivas habría incentivado nuevas formas de lucha social y sindicación menos interclasistas y más alejadas de las prácticas de las viejas sociedades de oficio. Otros fenómenos relacionados como la segregación urbanística, el desarrollo de una cultura autónoma y un ocio propio habrían reforzado la identidad y personalidad propia del proletariado con anterioridad a la Revolución Rusa. La propia heterogeneidad del republicanismo, tanto de sus bases sociales como de sus proyectos políticos, le habría debilitado además frente a un proletariado que, como pudo verse por ejemplo en la huelga general de agosto de 1917, anterior por tanto al asalto al Palacio de Invierno de octubre, emergía como un sujeto fundamental en la historia de España. Lo que le faltaba a este sujeto, en opinión de Montes, era un programa no ya revolucionario, sino un programa más con-

creto hacia el que orientar su acción política cotidiana. La Revolución Rusa vendría, en este sentido, a proporcionar un nuevo paradigma de comprensión de la realidad, y la Constitución aprobada el 10 de julio de 1918 en Rusia un nuevo programa dotado de un atractivo y fuerza inusitada, al verse contrastada su viabilidad en uno de los países más grandes del mundo. Lo más interesante de la tesis de Montes es que los contenidos políticos, modernizadores, interclasistas y cívicos de esta Constitución, procedentes en gran medida de la tradición republicana, facilitarían la interlocución del movimiento obrero con importantes fracciones de la burguesía radical. El empeoramiento de las condiciones de vida de estas fracciones, las limitaciones del republicanismo, la fortaleza del proletariado y la señalada afinidad programática empezarían a inclinarlas hacia el movimiento obrero, suturando la falla abierta tiempo atrás.

Por su parte, Magdalena Garrido, en un artículo basado en abundantes fuentes primarias, analiza varios movimientos políticos, sociales y culturales de apoyo o rechazo a la URSS. Su trabajo pone el acento no ya en la idea habitual de la URSS como foco exportador de la revolución, sino en otra dimensión internacional del proceso, la de los movimientos de solidaridad desarrollados en muchos países europeos para la defensa del socialismo en Rusia. Entre estos destacó el movimiento británico «Hands off Rusia» puesto en marcha por un amplio conglomerado de organizaciones obreras para frenar la intervención militar de potencias extranjeras, sobre todo de Gran Bretaña, en Rusia. De mayor recorrido sería el movimiento de «Los amigos de la Unión Soviética», fundado en 1927, donde participaron obreros e intelectuales de distinto y a veces muy difuso signo político y con presencia en más de 40 países, incluido España, donde la sociedad fue fundada en

10.- Un seguimiento muy completo de las repercusiones de la revolución en todo el mundo en J. Fontana, *El siglo de la revolución*.

11.- Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2009.

1933. El seguimiento de estas organizaciones —cuya actividad iba de la potenciación de unas relaciones diplomáticas favorables a la URSS a la difusión de la nueva cultura soviética, pasando, por supuesto, por la exhibición de sus logros materiales— es muy interesante, pues permite captar bien los efectos que la oscilante política internacional de Moscú y la Komintern tuvo en el movimiento obrero internacional. De este modo, si la política de «clase contra clase» y «Frente único por la base» fue un límite fortísimo al desarrollo de estas sociedades, la nueva línea de los «Frentes populares», que bebió a su vez de estas experiencias previas de solidaridad no estrictamente partidarias, alentó su mayor desarrollo. Se trata de un ejemplo más de que la política internacional de Moscú no solo profundizó en muchos casos el cisma abierto en el movimiento obrero por la Revolución, sino que en ocasiones repelió a quienes previamente habían simpatizado, más allá de su adscripción partidaria, con la construcción del socialismo en Rusia.

El artículo de Magdalena Garrido también prueba que la Revolución Rusa generó un amplio movimiento de oposición en el mundo, más allá de la acción de los gobiernos de los principales países capitalistas e incluso de las altas instancias de poder económico; un movimiento que, contando con fuertes apoyos y conexiones gubernamentales y financieras, arraigó en el seno de la sociedad civil más conservadora. Ahí está como ejemplo analizado el papel tanto diplomático como capilar de la «Liga antibolchevique», la «Entente Internacional contra la III Internacional» y su translación a España por medio del «Centro Español Antibolchevista».

Si la Revolución Rusa fue una revolución con voluntad expansiva, influencia internacional y amplísimas repercusiones históricas comprenderla obliga también a verla a

mayor escala geográfica y con mayor perspectiva temporal. Estas son las visiones que José María Faraldo recoge en su artículo, a partir de una valoración de la bibliografía y de los debates historiográficos más recientes^[12]. Faraldo subraya las limitaciones de la vieja disyuntiva acerca de si la Revolución Rusa tenía que leerse como un fenómeno propiamente ruso o bien como un proceso de inspiración netamente occidental. De ella se han alimentado los cuatro enfoques explicativos del proceso que según Faraldo han dominado hasta ahora: aquel que lo presenta como el colofón de las aspiraciones históricas del proletariado ruso; aquel que la pone en relación con las oleadas revolucionarias de su época, entre las que destacaría la mexicana y la kemalista; aquel que la vincula a una larga tradición despótica rusa en el ejercicio del poder a resultas de la debilidad congénita de la sociedad civil; y aquel que lo entiende como el desarrollo peculiar en Rusia de los procesos de modernización contemporáneos. A esta última perspectiva se une con matices Faraldo para plantear que la revolución desatada en febrero respondía en gran medida a esos propósitos de modernización social y económica, a los que en octubre se sumaría, además de una práctica más violenta, otros de cariz «milenarista» y «utópico».

Explicar la Revolución Rusa es contar su historia atendiendo a su contexto nacional e internacional y a algo que últimamente se descuida más, a su inserción en una larguísima tradición republicana, plebeya, democrática y socialista, de la cual bebe y con la cual rompe, que en parte reproduce, en parte supera y en parte degrada. En cualquier caso, explicar la revolución supone abordar un proceso imprevisto y no predeterminado por ningún proyecto previo, sino un pro-

12.- Una visión más amplia en el libro ya citado del autor, J. M. Faraldo, *La Revolución rusa: Historia y memoria*.

ceso dislocado que fue haciéndose y deshaciéndose como resultado, sí, de programas de acción, pero también de circunstancias sobrevenidas, decisiones de efectos imposibles de calcular en el momento que se tomaron y cambios producidos en los propios agentes del cambio, pues esta última es una característica de toda revolución, la de transformar a sus propios protagonistas. En esa motilidad habrá que buscar también la explicación a lo que pronto o más tarde se terminó construyendo, pues la revolución generó prácticas tan intensas, tan entusiastas y violentas que sobrevivieron a las circunstancias que las generaron, bien como hábito, bien cronificadas en una nueva institucionalidad. Explicar el régimen que se terminó construyendo pasa por indagar en algunas ideas presentes en la cultura política de los revolucionarios, pero más especialmente en lógicas militares de urgencia que terminaron penetrando en la forma de construir el socialismo y difundirlo fuera de ella, así como en el miedo a una experiencia real de acoso interno y externo que luego dejará tras de sí una ansiedad crónica somatizada en forma de vigilancia constante y castigos inerciales o preventivos. Entender la Revolución Rusa pasa también por explicar cómo, pese a todo ello, la experiencia revolucionaria rusa e incluso el modelo resultante de ella siguió inspirando la lucha de mucha gente por la libertad, la democracia y la justicia social en medio mundo. Una explicación que no se resuelve, como reitera la cultura anticomunista más ramplona, apelando a la ingenuidad, maledicencia o esquizofrenia de los protagonistas de un movimiento, el comunista, tan amplio y heterogéneo.

Para entenderlo habrá que ahondar en cómo se fue modelando y remodelando en muchos partidos comunistas la imagen de la revolución soviética. A analizar el caso del

Partido Comunista de España durante las más de tres décadas que van del XX congreso del PCUS a la caída de la URSS dedica su artículo Emanuele Treglia. En él nos cuenta cómo los relatos sobre la Revolución Rusa fueron ajustándose en el PCE a los cambios que tuvieron lugar en el movimiento comunista internacional y a los cambios no menos acusados de su línea política: cómo el relato entusiasta, mítico en muchos casos, de la revolución logró sobrevivir a las revelaciones del informe Jruschov; cómo la revolución del 17 fue una herencia simbólica incómoda y controvertida para el eurocomunismo y la política que trató de desarrollar el partido en la transición; cómo en la segunda mitad de los ochenta se trató, de manera muy efímera, de justificar la perestroika como una reactivación del espíritu originario de 1917; o cómo se empezó a reivindicar en nuevos términos la dimensión utópica de aquel acontecimiento ante el colapso del mundo surgido de ella.

El caso del PCE no parece exclusivo, sino que da fe de la extraordinaria dificultad con que el movimiento comunista en particular y la izquierda en general han venido a relacionarse con su pasado. Visiones míticas, exaltaciones acríticas, interpretaciones presentistas para justificar decisiones de poco recorrido, resignificaciones forzadas, silencios incómodos, descartes frívolos... forman una panoplia de actitudes que han rivalizado con otras más creativas y fructíferas producidas en múltiples espacios de reflexión cultural menos dirigidos y al calor, sobre todo, de las prácticas sociales y políticas que tanta gente común desarrolló a lo largo de décadas bajo la bandera de octubre. A fin de contribuir modestamente a una relación más crítica y beneficiosa de la tradición emancipadora en su conjunto con un acontecimiento tan determinante de su propio pasado presentamos también este dossier.